



De bestias y bestiarios

♦ Angélica Tornero

Physiologus,¹ texto aparecido en Alejandría entre los siglos II y IV, atribuido a San Epifanio,² ofrece una breve descripción de las características de los animales consignados en la *Biblia* y una interpretación alegórica con intenciones didácticas. En este libro no se proporcionan explicaciones científicas, sino ejemplos; la intención era brindar a las personas modelos para llevar una vida correcta. Se partía de la idea bíblica de que lo creado por Dios, incluidos los animales, tenía como finalidad ofrecer estos ejemplos. *Physiologus* reúne, en cuarenta y nueve capítulos, animales reales o imaginarios, como el león, el elefante, el ave fénix, el unicornio. Con el paso de los años, a este libro se le agregaron capítulos; algunos animales desaparecieron y se le sumaron otros. *Physiologus* fue un importante referente para el diseño de los bestiarios medievales de los siglos XII y XIII, época en la que fueron muy populares.

Otro antecedente importante de los llamados bestiarios es el tratado escrito en el siglo VII por Isidoro de Sevilla. En el Libro XII de *Etimologías*,³ el obispo de Sevilla ofrece una descripción detalla-

da de animales reales o fantásticos. En este libro, titulado *De animabilus*, abundan las referencias a la *Historia natural* de Plinio, así como a textos de Servio, Cicerón y San Agustín. Al parecer, también hay alusiones a la *Historia de los animales*, de Aristóteles. *De animabilus* es un libro enciclopédico, organizado para divulgar las características principales de los animales en relación con el nombre que se les había atribuido en determinada época.

Los bestiarios proliferaron hacia los siglos XII y XIII en Inglaterra y Francia. Eran libros, con texto e ilustraciones, en los que se describían someramente las características de los animales y posteriormente se interpretaban, vinculándolos con motivos religiosos y creando una red simbólica. La finalidad de estos bestiarios fue semejante a la del *Physiologus*: por una parte, ilustrar, mediante analogías, aspectos de la vida de Jesucristo y, por otra, orientar moralmente al pueblo. Algunos de los más destacados bestiarios de la época son el de Philippe de Thaün escrito hacia 1121, así como los de Gervaise, Pierre de Beauvais, Guillaume le Clerc, y el *Speculum naturale*, de Vincent de Beauvais, escritos e

¹ Versión en español: *El fisiólogo* (Bestiario medieval). Traducción de M. Ayerra y N. Guglielmi, introducción y notas de N. Guglielmi. Buenos Aires, Eudeba, 1971.

² El *Physiologus* ha sido atribuido a los gnósticos, a Taciano, a Rufino, Epifanio, Basilio Juan Crisóstomo, Ambrosio y Jerónimo. I. Malaxeverría. "Introducción", en *Bestiario medieval*. Madrid, Siruela, 2000, p. 23.

³ San Isidoro de Sevilla. *Etimologías*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2004.

♦ Profesora-Investigadora, Facultad de Humanidades



ilustrados en el siglo XIII. Del mismo siglo es uno de los bestiarios más destacados, con bellas ilustraciones enmarcadas en oro, el *Bestiario de Aberdeen*, realizado en Inglaterra hacia el año 1200.

Con la llegada del Renacimiento, el género se fue modificando paulatinamente.⁴ Al parecer, ya a partir del siglo XIV se editaron enciclopedias que contenían información sobre animales, acompañada, en algunos casos, de reflexiones moralizantes, pero no de alegorías cristianas. El mismo Leonardo Da Vinci se interesó por el tema, y se propuso, en sus fábulas, enlazar a Esopo y Fedro con los bestiarios medievales. Más tarde vendrían las fábulas de Jean de La Fontaine y Félix García de Samaniego, entre otros. En el siglo XIX resurgió el interés por los tratados sobre los animales desde distintas perspectivas. Jules Michelet escribió dos obras que tuvieron gran éxito: *L'oiseau* (1856) y *L'insecte* (1857); Jean-Henry Fabre publicó un tratado titulado *Souvenirs entomologiques*, en el que discute ciertas tesis del darwinismo. Se considera que Maurice Maeterlink abre la corriente literaria actual de los bestiarios, con *La Vie des Abeilles* (1901), *La Vie des Termites* (1926) y *La Vie de Fourmis* (1930). A partir de entonces, se suman nombres relevantes de la literatura universal; es el caso también en Hispanoamérica. Es imposible en este espacio citar los nombres y títulos que proliferaron a par-

tir de entonces. Retomaré sólo tres de estos trabajos aparecidos en el contexto hispanoamericano en las décadas de los cincuenta y sesenta de siglo XX: de Jorge Luis Borges, escrito con Margarita Guerrero, *Manual de Zoología Fantástica* (1957); de Juan José Arreola, *Bestiario* (1959); y de Augusto Monterroso *La oveja negra y demás fábulas* (1969), y describiré, brevemente, la forma en que estos autores se refieren a los leones, los monos o los elefantes (no en todos los bestiarios aparecen los tres animales). Mencionaré también cómo fueron considerados estos animales en algunos bestiarios medievales.

Tras una descripción física del león, en *Le Bestiaire*, Philippe de Thaün da cuenta del simbolismo de este animal. El león simboliza al hijo de la Virgen María. Es el rey de todos los hombres; por su propia naturaleza tiene poder sobre las criaturas.⁵ Las acciones que Jesucristo emprenderá en contra de los judíos son expresadas metafóricamente, tomando atributos de este animal: “Con fiera actitud y terrible venganza se aparecerá a los judíos cuando los juzgue, porque obraron mal cuando lo clavaron en la cruz”.⁶ No sólo el comportamiento del animal, también su físico, es simbólico. El pecho cuadrado del león simboliza la fuerza divina; los cuatro traseros muy delgados muestran que fue humano a la vez que divino; la cola, la justicia que se

⁴ Malaxeveerria, *ibid.*, pp. 32-33.

⁵ *Bestiario medieval*. Barcelona, Biblioteca medieval Siruela, 2000, p. 90. Todas las citas de los bestiarios medievales están tomadas de esta edición.

⁶ *Ibid.*

cierno sobre nosotros; mediante la pata, que tiene lisa, muestra que Dios es rápido y que era conveniente que se entregase por nosotros.⁷

En su *Bestiario*, Arreola se mofa del león: “sobrelleva a duras penas la terrible majestad de su aspecto: el cuerpo del edificio no corresponde a la fachada y es como su alma bastante perruno y desmembrado”.⁸ El león no es más un símbolo, ni representa a Jesús. Es un animal oportunista que se sirve de su prestancia para arrebatarse a otros animales las presas que atrapan con esfuerzo: “Luego devora solitario y lleno de remordimiento los restos de una presa que nunca captura personalmente”.⁹ Algo semejante ocurre con la fábula de Monterroso. En “La parte del León” se narra la historia de la Vaca, la Cabra y la paciente Oveja que se asociaron con el León para gozar de una vida tranquila. El pacto, que consistía en cazar juntos y dividirse a las presas en partes iguales, resultó inútil. En una ocasión, la Vaca, la Cabra y la Oveja se inconformaron con la repartición y apelaron al contrato y a la legalidad. El León, sin contestar siquiera a sus reclamos, también se las comió.¹⁰ Para estos dos autores, el león ha dejado de ser aquel animal cuasi sagrado. Obviamente la intención no es

moralizar, como fue el caso con los relatos medievales. De lo que se trata es de desarticular esos relatos, con el uso de la ironía y el sarcasmo, y mostrar los defectos de los animales.

Borges indaga el origen, características y simbología de los animales fantásticos.¹¹ No le interesa abordar aquellos que han sido vistos, sino los que han sido sólo imaginados. Uno de los animales consignados en este libro, con características semejantes a las del león, es la esfinge. Borges habla de la esfinge egipcia y de la griega. De la primera dice que “es un león echado en la tierra con cabeza de hombre”.¹² Esta esfinge representaba la autoridad del rey y custodiaba los sepulcros. De la esfinge griega se dice que tenía cabeza y pechos de mujer, alas de pájaro y cuerpo y pies de león, y se dedicaba a proponer enigmas a los hombres. Otro animal relacionado con el león es el mirmecoleón. Según Flaubert, este animal “es león por delante, hormiga por detrás y con las pudendas al revés”.¹³ También en el *Physiologus* aparece esta criatura, cuyo padre tiene forma de león y la madre de hormiga. El mirmecoleón, que se parece a los dos, no puede comer carne, como el padre, ni hierba, como lo madre, por lo que muere. Otro animal seme-

⁷ *Ibid.*, p. 91.

⁸ J.J. Arreola. *Bestiario*. México, Joaquín Mortiz, 1972, p. 20.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ A. Monterroso. *La oveja negra y demás fábulas*. México, Joaquín Mortiz, 1990, p. 77.

¹¹ J.L. Borges. *Manual de zoología fantástica*, México, FCE, 2006. El libro apareció con este título en 1957. En 1967 se publicó *El libro de los seres imaginarios*, de Borges y Guerrero. En éste se incluyen los textos del *Manual...* y 34 más, relacionados con otros seres, como las hadas.

¹² *Ibid.*, p. 70.

¹³ *Ibid.*, p. 103.



jante al león es el mantícora.¹⁴ Plinio refiere que se trata de un gigantesco león rojo, que tiene la voz como la voz de hombre; tiene, además, tres filas de dientes, un aguijón, como los alacranes y come carne humana.¹⁵

El mono o simio está también presente en la mayoría de los bestiarios. En los medievales aparece como criatura que imita al hombre, mientras que en las fábulas de Monterroso figura como un animal interesado en la literatura. En el *Physiologus*, este animal es caracterizado por su capacidad para imitar, la cual no siempre es positiva; si imita a un hombre que le ha puesto una trampa, puede morir. A partir de este planteamiento, se hace una analogía con el ser humano, el cual a menudo peca porque se deja conducir por el diablo. También se ha visto la imagen del diablo en el simio porque, como aquél, no tiene cola: “tiene principio pero no tiene final, esto es, no tiene rabo, de la misma manera que el demonio, al comienzo, era uno de los arcángeles, pero no se ha encontrado su fin”.¹⁶

En “El mono que quiso ser escritor satírico”,¹⁷ Monterroso satiriza a los escritores. Se relata la historia de un mono que utiliza sus encantos retóricos para socializar con los animales de la selva. Su intención era insertarse en la *sociedad* para conocer bien la *naturaleza humana* y después escribir

sátiras. El mono es siempre bien recibido y apreciado por todos. Cuando finalmente ha recabado suficiente información para escribir de manera satírica sobre urracas ladronas, serpientes oportunistas, y abejas laboriosas compulsivas, se da cuenta que todos esos son los amigos y amigas que lo han colmado de atenciones. Decide, entonces, volverse místico y amoroso. Al percibir este cambio, los amigos y amigas se retiraron, pensando que se había vuelto un poco loco.

Borges transcribe en su libro un breve cuento oriental titulado “El mono de la tinta”, firmado por Wang Ta-Hai (1791). En este relato se describe un curioso animal con ojos como cornalinas, y pelo negro azabache, sedoso y flexible.¹⁸ Este mono es aficionado a la tinta china. Cuando alguien escribe, se sienta a su lado con una mano sobre otra y las piernas cruzadas. Cuando la persona termina de escribir, se bebe el sobrante de la tinta, regresa a su posición en cuclillas y se queda tranquilo. La caracterización de este animal es semejante a la de los bestiarios medievales, es un imitador. En este texto, al igual que en los medievales, esta cualidad de la imitación tiene límites: el mono no puede escribir, por lo que tan sólo se bebe la tinta.

Concluyo esta breve exposición con el elefante. En el bestiario de *Cambridge*¹⁹ se dice que los ele-

¹⁴ *Ibid.*, p. 100.

¹⁵ Plinio aparece en *Bestiario medieval*, *ibid.*, p. 220, citado en el bestiario *Trevisa*. También lo menciona Borges, *ibid.*, p. 100.

¹⁶ *Bestiario medieval*, *ibid.*, p. 103.

¹⁷ A. Monterroso, *ibid.*, pp. 13-15.

¹⁸ J.L. Borges, *ibid.*, p. 106.

¹⁹ Se trata de un bestiario latino en prosa conservado en la Universidad de Cambridge, editado por T.H. White. Fue copiado en el siglo XII, quizá en la abadía de Revesby, en Lincolnshire. Malaxecheverría, *ibid.*, p. 59-60.

fantes, cuando se van a aparear, se acercan al árbol llamado mandrágora; primero come el macho de este árbol y después la hembra. De inmediato ella concibe en su vientre. Por ello, los elefantes representan la alegoría de Adán y Eva: comieron del árbol prohibido, fueron expulsados del Paraíso y Eva concibió a Caín. Con la figura del elefante se explica también el sacrificio de Jesús para la salvación de los seres humanos. Cuando los elefantes caen al suelo, no se pueden levantar. Lo mismo sucede con los hombres que han caído entre ladrones, no se les puede alzar. Con el fin de levantar a los caídos, Jesucristo se humilló y mostró su obediencia incluso hasta la muerte.²⁰

En el bestiario de Borges se incluye el Behemoth, que significa elefante. La palabra hebrea *behemoth* es el plural de *b'hemah*. El elefante es “llamado así por su desaforada grandeza, que siendo un animal vale por muchos”.²¹ Lo mismo sucede con el nombre de Dios, *Elohim*, que también es plural.²² Job habla también de Behemoth como símbolo de la fuerza bruta que Dios puede dominar pero no los hombres.²³ La caracterización de Job de este animal fue retomada por distintos bestiarios medievales.

A Arreola no le interesa hablar simbólicamente de los animales. Como en el resto de sus descripciones, su estrategia literaria consiste en si-

mular, con el uso del sarcasmo y la ironía, un tono semejante al de las enciclopedias renacentistas. Aborda el tema de los elefantes a partir de dos ideas: la antigüedad de estos animales y el preciado tesoro que portan, el marfil. Al inicio, intenta una descripción objetiva. Al parecer, pronto se aburre y sugiere al lector un giro lúdico: “En vez de calcular [los años que tienen de ser calvos], vámonos todos al circo y juguemos a ser los nietos de elefante, ese abuelo pueril que ahora se bambolea al compás de una polka”.²⁴ Esta posibilidad tampoco parece satisfacerlo, por lo que decide hablar del marfil: en el marfil “los chinos han labrado todos los sueños formales del elefante”.²⁵ Entre todos los entes de la naturaleza, los animales son los más semejantes a nosotros. Sus formas, sus comportamientos, sus expresiones, nos asombran y conmueven, quizá nos advierten sobre algún misterio de nosotros mismos que aún no hemos descubierto. Adorarlos, temerles, ridiculizarlos, son expresiones de este interés y curiosidad, de la necesidad de continuar explorando su naturaleza, su biología, nuestras semejanzas y diferencias. En todas las épocas, artistas, teólogos, filósofos, científicos, han acudido a los animales para intentar explicar su naturaleza y, quizá, para comprenderse más y mejor.

²⁰ *Bestiario medieval, ibid.*, p. 75.

²¹ J.L. Borges, *ibid.*, p. 39.

²² *Ibid.*

²³ Job, 40, 15-24, en *Biblia de Jerusalén*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 1975.

²⁴ J.J. Arreola, *ibid.*, p. 25.

²⁵ *Idem.*